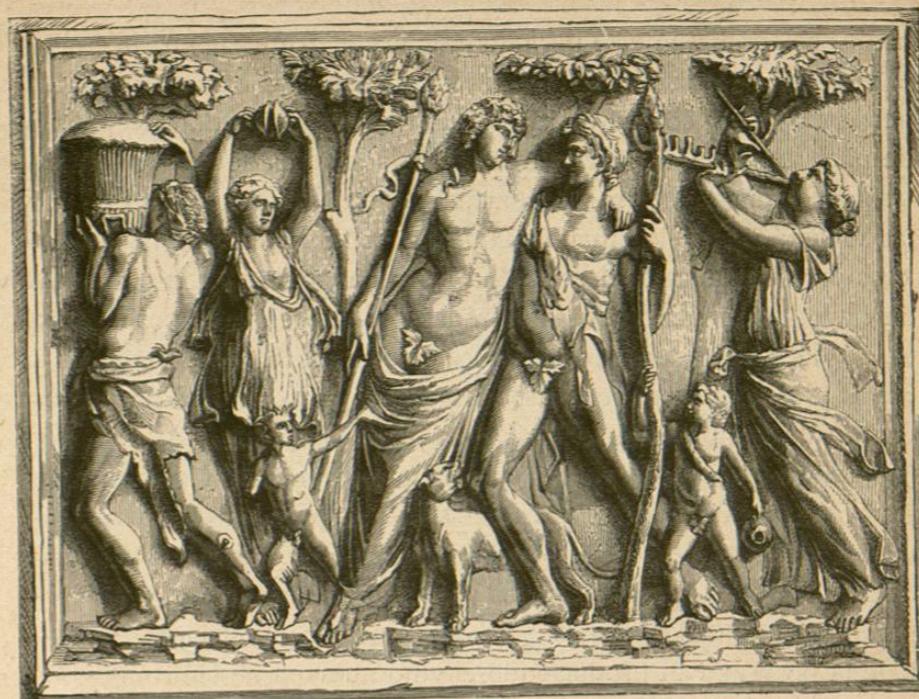
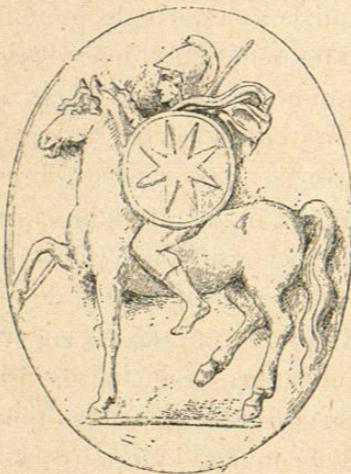


casarse con el amante último á quien había encontrado en su vida, con el joven y hermoso patricio Silio. Mil veces había pensado en delatar á Claudio los desórdenes de Mesalina, como en cierta ocasión delató Livia los desórdenes de Julia, tan querida por Augusto, al corazón de su amante padre, que la expulsó y la desterró al esponjoso peñón de la Pandataria. Narciso amaba tanto á Claudio que no era osado en su amistad á darle una mala noche, y se había callado. Pero la celebración de un matrimonio público no podía verificarse al aire libre y á la vista de todo el mundo sin que cayesen ó el emperador ó la emperatriz. Pues caería la emperatriz. Mas espesísima nube pasó por la frente de Narciso al recuerdo triste de Agripina y de Nerón.



Escena de vendimia (bajo relieve del Museo de Nápoles)

CAPÍTULO III

EL AMOR Y LA MUERTE

El otoño maduraba todos los frutos y enrojecía ó doraba todo el follaje. Por las laderas de las colinas romanas brillaban los monumentos con esplendor no usado, y olían á gloria los jardines y los huertos, cuyos frutales se doblaban al peso de la cosecha. Un cielo azul y una luz espléndida sobreponían preciosos esmaltes á las hojas matizadas de púrpura y transparentaban los racimos, semejantes á multicolores cristales. El otoño se metía por las venas con los efluvios de su éter y de su mosto. Un olor á vino reciente y nuevo trastornaba las cabezas, poseídas de vértigos, y encendía los corazones con esas vaguedades en los deseos que tomaríais por una especie de amor instintivo é inconsciente. Roma, voluptuosa de suyo, se bañaba por tales días y tal estación en una voluptuosidad centuplicada sobre su voluptuosidad ordinaria. Por eso indudable-

mente celebraba en este período esas fiestas báquicas en las cuales el vino nuevo encendía el viejo amor. Cuando las brisas mediterráneas, cargadas con acres moléculas de algas y fecundante polen de pámpanos, comenzaban en los templados días de octubre á contrastar el encendido sol, desparramábanse los vendimiadores por las viñas á cortar los racimos, que depositaban en amplios cenachos para trasladarlos desde allí á las cubas, puestas con diligencia en carretas ceñidas de flores y tiradas por bueyes, en cuyos cuellos, al par del yugo, y en cuyos testuces, entre los cuernos, tendíanse gayas y bien olientes coronas, compuestas por toda clase de hierbas empapadas en otoñales aromas y en matutinos rocíos.

Veíanse por todas partes, en procesiones ó teorías inacabables, los boyeros conduciendo las carretas una tras otra, tarda y perezosamente, aguardadas por los pisadores, quienes se descalzan las sandalias y se remangan las túnicas para ir aplastando los racimos separados en películas, orujos, y mostos, cuyas combinaciones varias, bajo la presión, van produciendo el vino nuevo, que chorrea de las tablas del cubo y de los valeos de la prensa en rojos arroyos á las cavidades hondas del cubo, desde donde por doquier se dilata y esparce un olor embriagante. Hacían bien los antiguos al acordarse, anegados en esta exuberancia vital, de los dioses borrachos y de los placeres báquicos. Las coronas de pámpanos en las frentes, los despojos de las pieles atigradas al hombro, el cinturón de hiedra sobre los riñones, el tirso rematado en piña, los címbalos resonantes, las danzas voluptuosas, los gritos despertadores del placer, las sensuales canciones, las copas rebosando, el evohé sacramental esparcido de viña en viña y de lagar en lagar, el sileno por aquí, el fauno por allá, los coros de bacantes dando al viento su cabellera y su voz, las encendidas miradas, los labios rojos vibrantes al creador beso, la sensualidad universal, cuadran y convienen al calor vital que la vendimia difunde con sus efluvios sensuales por las venas abrasadas. Pues tal estación había escogido Mesalina para cumplir el más descabellado propósito que cupo nunca en cabeza de mujer, y al fin de impedirlo había Narciso hecho su viaje desde Ostia y se había presentado en el Palatino según acabamos ahora mismo de ver. Mas las gestiones suyas no debieron tener un logro fácil, cuando se había pasado la noche toda precedente á la increíble ceremonia en el

envío de libertos, emisarios, embajadores á todas partes, y en el comienzo luminoso de aquella mañana trágica no había conseguido cosa ninguna. Y sentado en el atrio de la cesárea casa, preguntaba con dolor Narciso á su compañero el sabio liberto Rufo:

— Pero, ¿será posible?

— No cabe duda ya.

— Créiala capaz de todas las demencias; mas no de una tan extraña y singular que, puesta en fábulas y tragedias, no sería creída en este mundo tan avizor y novelero por nadie, absolutamente por nadie.

— No te quejes, Narciso; pues teniendo rendido á tu albedrío propio el albedrío de Claudio, no lo has puesto en autos y no le has dicho cuántas innumerables veces ha entrado el adulterio en su tálamo.

— Tenía mis razones para ello. Claudio necesita de una mujer constantemente á su lado; y como estoy seguro de que al separarse de Mesalina uniríase con otra peor, mucho peor, más encharcada en política, más dispuesta de suyo á gobernar y capaz de armarnos una guerra civil dentro de palacio, en las cumbres más altas del Imperio, dudo, vacilo, recelo.

— ¿De quién recelas?

— Es muy difícil, Rufo, prever achaques de un ánimo en quien las distracciones son cosa tan corriente y habitual que parece consumadísimo disimulo. No puedes imaginarte cómo se distrae Claudio á la continua en los asuntos de hoy, cómo se olvida de los asuntos de ayer, cómo no se precave de los asuntos de mañana, ni se apercibe á cosa ninguna fuera de sus sentencias, de sus discursos, de sus cuestiones jurídicas, de sus negocios y asuntos políticos.

— ¿Y no has podido entrever quién podría, en el caso de sacrificar á Mesalina ó divorciarse de ella, reemplazarla?

— Claudio no da indicio alguno de preferencia. Muy casado con su mujer, no sabe todavía nada en absoluto de lo que hace, y vive con ella cual si fuese la más casta y perfecta de todas las esposas.

— Pues la lista de los competidores no tiene término.

— Como que muchos han sido amantes de una sola noche.

— Ya lo creo.

— Pero ¿qué quieres? Mesalina hoy, no sólo impera en el cora-

zón de su marido, engañándole como le parece mejor; impera en la Ciudad Eterna y dispone por completo del sello imperial. Aquella hermosísima cabeza de augusto joven esculpida en piedra preciosa y engranada en cesáreo anillo, puesta por sus dedos sobre la cera candente, puede proscribiros y mataros.

— ¡Parece imposible!

— Así, Catonius, escandalizado de la vida que traía entre sus innumerables amantes y del deshonor que proyectaba sobre la frente de su esposo, quiso revelárselo todo á éste y desapareció de modo misteriosísimo, sin que se haya vuelto á tener de él noticia ninguna.

— Pues mira que no puede leerse ni en un año el calendario de sus amantes. Yo ahora mismo recuerdo el sobrino de Plautio, que venció en Bretaña; el caballero Montano, el joven médico Vectio, Trogo senador, hasta un mísero histrión.

— Pues nada sabe Claudio.

— No lo creyera.

— Y todavía no conoces lo mejor.

— ¿Qué?

— Es para reventar de risa ó de cólera. No sabe uno cómo tomarlo, no lo sabe.

— ¿Qué ha pasado, pues?

— Pues ha pasado que ha hecho firmar Mesalina su propio contrato de boda con Silio al emperador su esposo.

— ¿De veras?

— De veras.

— Si no lo dijese tú, creería completa mentira tan donoso caso.

— Pues asegúralo como verdad.

— Entonces tu amigo el emperador es un imbécil.

— Perdóname, pero no hay tal.

— De otra suerte, no alcanzo cómo han podido suceder ciertas cosas.

— Pues han sucedido, bien porque Mesalina se aprovechó del sello de Claudio, bien porque le persuadió á creer comedia la triste pero verdadera realidad.

— De cualquier suerte, si hasta la Historia llegan estas minucias corrientes hoy, los venideros apenas podrán creerlas.

— Como no las creemos aquellos mismos que las presenciamos.

— ¿Y te prometes llegar hasta el alma de Claudio y vencer sus múltiples distracciones?

— ¡Oh! Si perpetra el atentado, cree que muere Mesalina, ó muero yo. Lo único, Rufo, que hoy embarga mi mente y paraliza mi acción, es el recelo á la mujer cuya compañía deba reemplazar en el tálamo y en el trono la compañía deshonrosa de una mujer como Mesalina.

— ¿Qué presientes?

— Pues presiento que se asirá, como á la tabla el náufrago, á la mujer más próxima de su persona.

— En tal caso no hay lugar á vacilaciones; ya sé quién será la nueva esposa de Claudio.

— Lo será indudablemente Agripina.

— ¡Mala sustitución!

— Muy mala.

— Verdaderamente pésima.

— Mesalina se cura tan sólo de sus placeres; pero la que aspira con tanto empeño á sustituirla, se guía de sus ambiciones.

— En verdad por todo la tomarías menos por una mujer. Al hablar parece un senador y al moverse parece un general; cualquier cosa, menos la tierna y delicada hembra en los designios de la Naturaleza destinada por completo á esposa de un emperador.

— Pues tiene algo peor que su persona misma: tiene su adjunto; tiene su cachorro, su hijo, su Nerón.

— Pero dicen que Nerón es tan bueno y dócil...

— ¿Bueno? Mucho me cuesta juzgar con severidad á un joven de catorce años ahora. Mas así como no había que hablar á Filipo después de comer, no hay que catar á estos jóvenes tan dóciles hasta después de haber imperado. El borracho que se cae de suyo en el suelo, no corre riesgo de lastimarse como el borracho que se cae de cualquier cabalgadura. Los vicios en la vida vulgar no trascienden á lo que un vicio elevado al trono. En tales alturas por todas partes brotan á una tentaciones, las cuales os asaltan en tropel tal y con frecuencia tanta, que os rinden y os vencen.

— ¿Has estudiado la naturaleza de Nerón?

— Y con sumo cuidado.

— ¿Qué hallas en ella?

— Esa misma docilidad suya, que tanto parece prendarte á ti, me alarma, y mucho, á mí.

— ¿Por qué?

— Porque me parece una doblez hipócrita.

— ¿Doblez hipócrita? No caben tales defectos en estas vidas incipientes, ni en juventud como la de Nerón, tan florida, pueden arraigarse vicios tamaños.

— Un joven era Calígula.

— Verdad.

— Y desde su nacimiento estaba loco.

— Verdad también.

— Pues no mostró su locura sino en el supremo imperio. Cuando estaba fuera del mando se confundía con los trastos del palacio. El último de los perros ó de los caballos metía más ruido que aquel príncipe. Un pretoriano le cogió tras la muerte de Tiberio bajo una banqueta, mal envuelto en los paños de una cortina, y lo alzó al trono cual si fuera un simple objeto y no una verdadera persona. Francamente, yo temo mucho que sea lo mismo Nerón. Cuando mira con tanto éxtasis á su madre, descubro yo en el fondo mismo de aquel mirar oceánico tempestades del alma dormida, que relampaguearán y tronarán y fulminarán en cuanto las dispierte ó las promueva cualquier pretexto ligerísimo. Su madre busca en el hijo un instrumento de poder, y plegue á los dioses que no se corte las manos. Por eso, por eso no me quiere Agripina; porque yo con los ojos de mi afecto á Claudio descubro cuanto contra Claudio maquina ella con la esperanza de poder emplear á Nerón en oficios y para fines iguales á los oficios y á los fines ideados por Livia para su Tiberio. Y así llegarás, ¡oh Rufo!, á explicarte con facilidad suma la causa de que Mesalina se haya en sus desórdenes atrevido á tanto; mi recelo fundadísimo de aquella que, según todos mis pronósticos, debe reemplazarla; mi recelo de Agripina, no tan por extremo sensual en sus gustos, pero mucho más temible por sus desapoderadas ambiciones.

— ¡Buenas están las mujeres, buenas! Allá, por las edades áureas, cuando no punzaban las rosas cual hoy punzan por desgracia, ni habían menester en defensa de sus mieles dulcísimas del aguijón las abejas, ni precisaban al rebaño los pastores, bastando por

habitación la cabaña rústica de ramajes cubierta, por bebida el agua de los arroyos escanciada en el hueco de las manos, por sustento la bellota sacudida del alto encinar, acaso el pudor se juntaba con la mujer en guisa de su natural compañero, y no se podía presentar en tanta inocencia y candor que hubieran de levantarse un día las célebres Safos, Lesbias, Cinthias, ornato de las ciudades que las vieran y gusto de los queridos que las amaran, pero también perdición y ruina universal, según prueban tantas tragedias vivas cual pasan hoy en los hogares y á nuestros mismos ojos. Y explícase tal cambio por habérsenos ido trotando Astrea, ó la Justicia, del mundo al Olimpo, y en cambio llegado del infierno al mundo para sustituirla en el trono suyo un tropel de pasiones coronadas por las víboras ponzoñosas que forman y componen los vicios. En vano casas á una joven virtuosa y bella en viejo matrimonio, consagrado por las tradiciones litúrgicas; como quiera que nuestra escena en sus desvarios consiente al vivo la presencia de Pasifae y los ayuntamientos de Júpiter con Europa ó la pantomima de Leda engendrando á la más hermosa de las mujeres, altéranse nuestras lascivas damas cual si en brazos de un amante se hallaran sobre lecho de adulterio, y siguen desaladas, huyendo de lo lícito y honesto, á tal tañedor de arpa ó á cual flautista de comedia, ó á este histrión cubierto de ridiculeces, ó á aquel atleta untado todavía con aceite del circo y oliente á baba de las fieras. Mujer que no podía bogar en barca por las orillas del Tirreno mar, á la vista de Parténope ó de Bayas, en ese lago celeste que cierran el Cabo Minerva y el Cabo Miseno, purpurado al anochecer por las llamas del Vesubio jaspeando la superficie, sobre cuyas opaladas aguas titilan las estrellas nacientes y se reverberan los bellos crepúsculos, han desafiado luego los vientos terribles boreales y recorrido los océanos negros, tras cualquier gladiador, ebrio de vino y sangre, colorado y rubiote á guisa de germano, gordo y encendido, de carnicero craso y rechoncho. Pero ¿qué más? ¿No has leído cuanto dicen los poetas, y poetas satíricos; esos seres privilegiados, á cuyos hexámetros se han refugiado las antiguas libertades romanas de la palabra convertidas hoy en asquerosas licencias? Pues han dicho que á nadie le pasaría cuanto á Claudio le pasa, quien, al acostarse confiado en que la honra velará por el sueño de un emperador

como vela por el sueño de un simple ciudadano, se entrega, tras un día de cansancio continuo, al nocturno reposo; y, así que se duerme, la mujer deja su tálamo, corre de puntillas al cercano cubículo, esconde la negra cabellera en rubia peluca, encubre su cuerpo divino con trajes pardos, se acoge á los lupanares más sucios, y allí, tendida sobre los maculados jergones, enseña las entrañas que han llevado en sus hondos senos al heredero de nuestro Imperio y recibe como inmunda meretriz, no solamente las caricias brutales del primero que quiere disfrutarla, sino la vil moneda con que se paga la vulgar prostitución.

— ¿Crees que podemos vivir así por mucho tiempo? ¿Crees que, si los seres destinados á velar por la honra de todos, traen de tal suerte á manos llenas el deshonor sobre nosotros, volverán jamás las viejas virtudes? Todas estas sátiras corrientes de boca en boca y divulgadas hasta donde se dilatan los límites de nuestro Imperio, sirven para lamentar el mal, pero no sirven para corregirlo y remediarlo. La raíz del árbol de nuestra vida está como envenenada, porque nos falta la robustez de aquellos robles, bajo los cuales discurrieron Rómulo y Numa, mientras nos sobran adobes, perfumes, placeres, menjurjes. En vano tú quieres dominar á Claudio con tus ideas para que Claudio domine con la ciudad al mundo. Un déspota no puede ser humanamente bueno, porque ha de ser por fuerza el despotismo un mal absoluto, y el mal absoluto ha de revestir y formar fases en conformidad con su venenosa esencia. Solamente rompiendo las cadenas que abruma el mundo podríamos recobrar nuestro ser de hombres; y solamente recobrando nuestro ser de hombres, podríamos mejorar nuestra condición presente. Sin libertad, imposible la virtud; como sin virtud, imposible la libertad.

— ¡Qué arenga tan larga, Rufo!

— Confieso que me pongo pesado.

— Pues si te pareces á ti mismo pesado, tú, que hablas, imagínate lo que le parecerás á quien te ha oído sin pestañear y sin respirar.

— Pero hablo tanto para mostrarte la diferencia entre nosotros existente. Tú crees que sirves al bien y al procomún advirtiéndolo al emperador. Yo, por lo contrario, creo en la necesidad inevitable de destruir y desarraigar el Imperio.

— Calla. No digas tales cosas en el palacio mismo de los césares.

— Yo las digo á ti solo, y nadie más puede oirlas.

— Pero, aún diciéndomelas á mí solo, yo pecco y falto no respondiéndolas con tu muerte.

— ¡Narciso!

— Cree que los romanos llevan la esclavitud en el alma, y no hay otro medio sino dejar el Imperio de pie y mejorar los emperadores con todas cuantas influencias podamos ejercer sobre todos ellos.

— ¡Triste reflexión!

— Yo hubiera debido pasar mi vida en las ergástulas, arrastrando las cadenas de los esclavos. Me ha hecho verdaderamente hombre Claudio, y débole mayor gratitud que á mis padres; pues si con éstos tengo la obligación derivada de haberme dado la vida material, con Claudio tengo contraída otra obligación mayor; la derivada de haberme dado, no la vida material, la vida moral, mi libertad.

— Pero el agradecimiento que debes al César, no ha de obstarte para el deber que tienes con la libertad y con el derecho.

— Yo he jurado vivir y morir por Claudio. Héselo prometido á los dioses inmortales y cumpliré mi promesa.

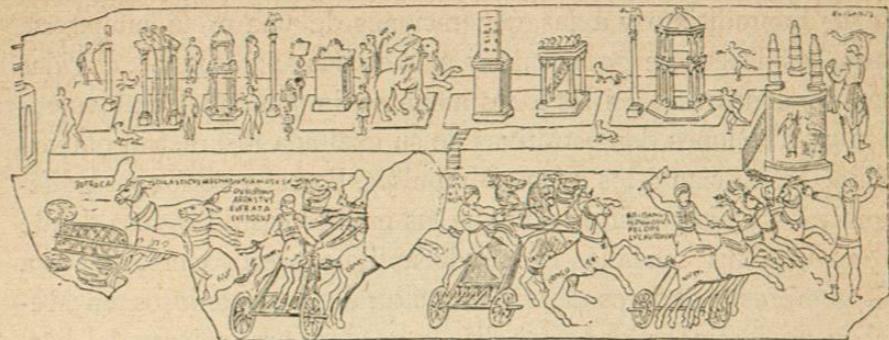
— Sea en buen hora; mas yo en verdad te digo que también he jurado, que también he prometido, pero jurado y prometido consagrarme por completo á la libertad.

— Sea en buen hora; y así, te ruego no me lo notifiques mucho, pues no digo á ti, á un hijo mío sacrificará yo por defender y por salvar al César.

— Sea en buen hora, te digo yo á mi vez, no sin recordarte cuánto se apartan en esto nuestras dos almas, unidas y ligadas por tan estrechos apretadísimos lazos.

— Pues mira: en tales términos yo me intereso por Claudio, que si la triste aventura esta se redujese á un simple amor de la emperatriz, dejaríala divertirse á sus anchas, conforme y según se lo pidiera su gusto. Mas no se trata de eso, trátase de algo mucho más hondo y más terrible. Silio aspira, con aspiraciones incontrastables, al Imperio. Mesalina, enamorada furiosamente de él, se presta de grado, en cambio de su amor, á todo cuanto pide la impon-

derable ambición del desapoderado joven. Celebrarán el matrimonio, y tras el matrimonio adoptará Silio al heredero de Claudio, á Británico, y tras esta consiguiente adopción se declararán césares y subirán al trono del mundo. El escandaloso matrimonio debe costarle á la cuitada su vida.



Juegos del Circo, según un mosaico de Barcelona

CAPÍTULO IV

DESAPODERADAS NUPCIAS

Mientras Narciso ideaba el modo y manera de ir delatando á Claudio, sin herirle mucho, por natural cuidado de su salud, la escandalosísima boda tramada por su mujer, dábase con toda su alma y todo su cuerpo ésta, en el propio Palatino, á los desvaríos del amor sensual y grosero, exacerbados hasta demencias, no ya imposibles de contar por lenguas y plumas contenidas en ciertos respetos debidos al pudor general, imposibles de imaginar ni por la fantasía más aquejada de alucinaciones eróticas. Pero con esto de las nupcias ocurriósele increíble bellaquería. Deseando aumentar goces, disminuidos á la continua por el desgaste de las fuerzas y el embotamiento de los sentidos, connaturales á los desórdenes y á los excesos, había resuelto en sus desvaríos trocarse con Silio, de amantes hartos por una larga posesión mutua, en platónicos novios virginales, ajenos á tálamos diferentes del que les aparejaban sus mutuos amores legítimos y les ungián de consuno la religión y las leyes. Así, mirábanse con ojos pudorosísimos, decíanse dulzuras innumerables, arrullábanse uno á otro en sendos dichos de amor, cual esos castos enamorados tortolillos á quienes la tradición atribuye fidelidades cuya virtud podría servir de ejemplo á nuestra superior especie. Jamás el ojo avizor de una familia celó á dos novios jóvenes é inexpertos, destinados al establecimiento de un